

“Siguen afluyendo a Málaga por todos los caminos, millares de personas con la huella del sufrimiento en los rostros. Esta mañana, bien temprano, los cafés que tenían servicio, estaban llenos de una muchedumbre harapienta, con sus famélicos chiquillos, devorando un desayuno.

Pero donde la caravana ha tenido un matiz impresionante ha sido en la carretera del Palo. Venía un tranvía y otro y otro. Todos los tranvías llenos de humanidad fugitiva y doliente. Arracimados en el interior de los coches, en las plataformas, en los estribos y en los topes. Con las carnes al descubierto, con los hijos a hombros, como se llevan a los corderos. Suciedad, miseria, sufrimiento. Una mujer, después de cuatro días de caminar, llegó con su billete de diez pesetas. Al enterarse de que aquel papel no servía para nada, comenzó a llorar, pues no tenía otra cosa para dar de comer a los suyos. Un viajero le dio una moneda de cinco pesetas y la pobre mujer apretaba con las manos la cabeza del donante, vivamente agradecida.

Todo el camino del Palo estaba invadido por la multitud fugitiva que regresaba. Después de tantas jornadas a pie —cinco días para el campo y otros cinco para la ciudad— apenas tenían fuerza para seguir andando. Y con los enseres a cuesta. Las viejas se paraban llevándose las manos al costado. Los pequeñines cojeaban. Y los hombres tenían un andar cansino. Los grupos en vez de andar parecía que se arrastraban por las carreteras. —¿Por qué huyeron? —le pregunté a un espectro de mujer, que venía en el tranvía.

Y brevemente me contó su tragedia:

—Nos fuimos porque nos decían que nos mataban a todos. Unos guardias de Asalto circularon por Málaga que los fascistas venían asesinando a todo el mundo. Y las mujeres, como somos tontas, lo creímos. Más de seis días he estado caminando a pie, día y noche. Mi hijo, de dos años, cogió una pulmonía y se me ha muerto en el camino. Mi marido, que es soldado, no sé dónde estará.

Y la desgraciada mujer hundió la barbilla en el pecho y ahogó un hondo suspiro.

Toda la gente humilde va renegando de los marxistas, de los “padres del pueblo”, como ellos mismos se titulaban. El hambre sufrido en Málaga durante la dominación y la tragedia de estos días de éxodo han labrado la muerte definitiva del marxismo en las conciencias de estas gentes del pueblo.

En la carretera de la costa, un soldadito sevillano acariciaba paternalmente, conmovido por el dolor, que le sugería la visión del miserable espectáculo, al “benjamín” de una familia errante, andrajosa y llena de miserias que fue obligada, como tantas otras, a salir de Málaga porque le decían los dirigentes rojos que los “fascistas”, donde quiera que entraban, asesinaban a los niños, y cortaban los pechos a las mujeres indefensas.

El chiquillo, con ojos de profundo agradecimiento, acogía los terrones de azúcar y los alimentos que el soldadito sevillano le daba. Y la pobre madre, al lado del hijito, sollozaba esta frase:

—¡Nos jicieron creé que los fascistas eran unos asesinos, y son más güenos que er pan!

En ese momento, un oficial español, que había advertido el tono y contenido del breve diálogo, se acercó al pequeñín errante, y dándole una moneda de cinco pesetas que puso, emocionado, en la mano inocente, dijo en voz alta:

—Toma, chiquitín. Este duro te lo da España; la España nacional que es buena y que es justa.

El chiquillo malagueño, avisado, con la alegría en los ojillos traviesos, gritó, sacando energías de su cuerpecito enclenque:

“¡Viva España!”

El episodio contagió de emoción a todos los presentes. La caravana del dolor, hubo de retroceder a Málaga, al ver cortada la carretera de Motril. Así pudieron comprobar la falsedad de las afirmaciones marxistas. Estos les decían, que los fascistas venían matando a hombres, mujeres y niños.

En la carretera de Motril, extenuados por el hambre y el andar, han muerto diez mujeres. Dos hombres, una mujer y dos criaturas en el pinar de Zafarraya.

En las orillas de la carretera, hay algunos animales muertos. Animales que iban cargados con los enseres de los fugitivos.

Vienen los caminantes sucios, andrajosos, con los pies hinchados. Los rostros famélicos, pues los pueblos han sido saqueados por los rojos. Hay que ir a campo traviesa, penosamente, por descarnadas cuestas, porque los puentes han sido volados. Los grupos familiares van aminorados por la muerte y la pérdida, especialmente de niños...

Y lloran, y desandan el camino, clamando por los extraviados...

Por los barrancos, despeñados, gran cantidad de automóviles, carros, coches de caballos... Un reguero de prendas hediondas, restos de míseros ajuares (11).

4. NORMAN BETHUNE

Una visión totalmente distinta ofrece la narración que dio Norman Bethune (12), en su libro *The crime on the road Malaga-Almeria, narrative with graphic documents revealing fascist cruelties*:

“Introducción

La mayoría de la gente, invadida por el pánico y la desesperación, tomaron la carretera de Motril a Almería. Toda una ciudad en fuga. Ellos huían de Málaga, que acababa de ser ocupada por las legiones de italianos y de alemanes, por moros y por el tercio.

A la derecha de la carretera que daba al mar, los cañones de los barcos piratas disparaban fuego, y eran secundados por las unidades de los escuadrones alemanes e italianos. Bajo la explosión de las bombas, las cuales sembraban la muerte, se abrieron trágicas brechas entre aquel torrente humano que iba avanzando ininterrumpidamente: cientos de mujeres, hombres, ancianos y niños cayeron para nunca más volver a levantarse, horriblemente sacudidos. Desde el cielo, de azul implacable, los aviones, de vuelo rasante —también alemanes e italianos— y, sembrando la muerte con ayuda de sus camiones por donde les complacía.

A la izquierda de la carretera, los terrenos escarpados de Sierra Nevada imposibilitaban toda esperanza de huida a aquellos que huían. Desde el cielo y desde el mar el frío sople de la muerte extinguía miles de vidas. Bajo el ruido de las granadas explosivas y del zumbido de los



El éxodo hacia Almería

cañones de los aviones, la multitud continuaba su precipitada marcha, su carrera de desesperación e infinita angustia. Su término estaba aún muy distante y no poseían medios para acortarlo.

Muy pronto —era el día 10 de febrero— una ambulancia, pintada de gris, trató de abrirse paso en dirección opuesta a la del tumultuoso torrente humano. A la derecha e izquierda de la carretera, cientos de heridos, de niños llamando en vano a sus padres, y de mujeres que iban desmayándose, con los pies terriblemente hinchados y sangrientos, por la larga caminata y atormentados por el hambre y la sed cayeron completamente rendidos. Otros cayeron muertos. La ambulancia llevaba a ambos lados la siguiente inscripción: “Servicio Permanente de Transfusiones de Sangre”. En el asiento delantero, había tres hombres vestidos con monos azules: el doctor canadiense Norman Bethune, su ayudante Hazen Sice y, el conductor, también canadienses. Estos tres hombres fueron los primeros en ir en ayuda de los niños y mujeres enfermas y heridos, quienes huían de Málaga y de los pueblos en el camino hacia Almería, estaban impulsados por el terror de la dominación fascista. Eran tres héroes, tres héroes, tres impresionantes ejemplos de la solidaridad humana. Durante siete días estos hombres se enfrentaron con peligros de todo tipo, sufrieron hambre y sed y salvaron de la muerte a cientos de mujeres y de niños a quienes transportaban en su ambulancia desde las líneas fascistas hasta Almería.

Los nombres del doctor Norman Bethune y de sus colaboradores, en este trabajo de inigualable altruismo y sacrificio, merecen ser perpetuados como culto a la devoción y encarecida admiración en memoria de todas las conciencias honorables del mundo. No se trata de una cuestión de algunos combatientes: es más bien una cuestión de tres personalidades del más alto calibre moral que poseen por encima de todo un profundo y desinteresado sentimiento de sacrificio para con sus semejantes.

Las descripciones públicas en este planfeto provienen de la honorable pluma del eminente doctor Norman Bethune acerca del tema de la horrible marcha llevada a cabo por los españoles de la ciudad de Málaga, del terrible éxodo de toda una ciudad que prefirió la muerte mil veces más que a tener que someterse a la criminal tiranía del fascismo. Doctor Norman Bethune con sus justas e imparciales palabras denunciará ante el mundo el crimen cometido —uno de los tantos, y uno de los más monstruosos contra el pueblo español— por las hordas extranjeras que luchan para subyugar a éste bajo la negra tiranía de la barbarie fascista”. *Alardo Prats*.



Un grupo de los que, días después, volvieron a Málaga

“Narración

La evacuación masiva de la población civil de Málaga comenzó el domingo día 7. Veinticinco mil tropas alemanas, italianas y moras entraron en la ciudad el lunes día 8 por la mañana; tanques, submarinos, barcos de guerra, aviones, todos a la vez para aplastar a las defensas de la ciudad mantenidas por un pequeño y heroico grupo de tropas españolas sin tanques, ni aviones que los defendieran.

Los así llamados “nacionalistas” entraron en lo que prácticamente era una ciudad desierta, del mismo modo que habían hecho en cada pueblo y ciudad asediada en España.

Así que imagínense a ciento cincuenta mil hombres, mujeres y niños disponiéndose a marcharse en búsqueda de seguridad hacia una ciudad situada a más de cien millas. Hay una única carretera que pueden tomar. No hay ninguna otra manera de escapar. Esta carretera, límite por un lado, con las altas montañas de Sierra Nevada, y por el otro, con el mar está construida sobre la ladera de unos acantilados y sube y baja a más de 500 pies por encima del nivel del mar. La ciudad que deben alcanzar es Almería y está a más de doscientos kilómetros más allá. Un joven fuerte y sano puede caminar a pie unos cuarenta o cincuenta kilómetros diarios. El viaje a que estas mujeres, ancianos y niños debían enfrentarse les llevará a cinco días y cinco noches de camino, al menos. No encontrarán alimentos en los pueblos, ni trenes, ni autobuses para transportarlos. Ellos debían caminar y a medida que iban andando se tambaleaban y tropezaban con los pies llenos de rajas y de heridas de ir por el pedernal de la carretera, los fascistas los bombardeaban desde el aire y les disparaban desde los barcos de guerra.

Ahora lo que quiero contarles es lo que yo mismo vi de esta penosa marcha, la más grande y terrible evacuación de una ciudad en los tiempos actuales. Llegamos a Almería a las cinco del día 10 con un camión refrigerado, cargado de sangre almacenada desde Barcelona. Nuestra intención era continuar hacia Málaga para poner transfusiones de sangre a los heridos. En Almería, oímos por vez primera que la ciudad había caído y fuimos advertidos de no ir más lejos ya que nadie sabía ahora donde estaba la línea del frente enemigo, pero todos estaban seguros de que la ciudad de Motril había caído también. Pensamos que era importante continuar y descubrir como se desarrollaba la evacuación de los heridos. Salimos por la tarde a las seis por la carretera de Málaga y a unas cuantas millas más allá nos encontramos con la cabeza de la lamentable procesión. Aquí